

Lun

23
Nov

2020

Evangelio del día

Trigésimo cuarta semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Ha echado todo lo que tenía para vivir”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 14,1-3.4b-5:

Yo, Juan, miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre. Oí también como una voz del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de un trueno poderoso; y la voz que escuché era como de citaristas que tañían sus cítaras.

Estos siguen al Cordero adondequiera que vaya. Estos fueron rescatados como primicias de los hombres para Dios y el Cordero. En su boca no se halló mentira: son intachables.

Salmo de hoy

Sal 23,1-2.3-4ab.5-6 R/. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos. R/.

¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?
El hombre de manos inocentes y puro corazón,
que no confía en los ídolos. R/.

Ese recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Esta es la generación que busca al Señor,
que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 21,1-4

En aquel tiempo, Jesús, alzando los ojos, vio a unos ricos que echaban donativos en el tesoro del templo; vio también una viuda pobre que echaba dos monedillas, y dijo:

«En verdad os digo que esa viuda pobre ha echado más que todos, porque todos esos han contribuido a los donativos con lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Reflexión del Evangelio de hoy

Llevaban grabado en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre

Iniciamos la última semana del año litúrgico con el libro del Apocalipsis. El relato nos introduce en una visión profética cuyo mensaje nos muestra la relación que existe entre el pueblo elegido y Dios.

El evangelista Juan para ilustrarnos se sirve de símbolos. Uno de ellos, es el número ciento cuarenta y cuatro mil que, pese a las apariencias, no refleja un número cerrado, sino abierto. Su perfección tendrá lugar cuando todos los llamados sean elegidos. El otro signo es el monte Sión, el lugar donde se unen todos los que llevan el Nombre del Cordero y el de su Padre. Esto significa que el pueblo elegido se caracteriza por su relación personal con el Señor. Por la fe, se entra a formar parte de ese pueblo que es la comunidad de los que invocan su Nombre y lo reconocen como la fuente de su salvación.

De la misma manera, nosotros formamos parte de esa comunidad en Cristo, no sólo unos con otros, sino también con el Señor porque Él es vínculo de unidad. Para eso, primero nos ha llamado desde nuestra singularidad y según el lugar que le demos en nuestra vida, somos elegidos. Nos ha dejado como legado la Eucaristía para que lo tengamos presente ahí y en todo lo que hacemos.

Seamos conscientes de lo privilegiados que somos por ser parte de ese pueblo y veamos con sinceridad si invocamos de verdad el Nombre de Dios con nuestro ejemplo.

Ha echado todo lo que tenía para vivir

En el evangelio de hoy encontramos dos grandes contrastes: los ricos y la viuda; el que da de lo que le sobra y el que da lo necesario para vivir. Aquí el verdadero tesoro se centra en la viuda, una mujer que conforme al contexto de su época vive de la caridad.

Su actitud ante Dios es la de no reservarse nada, lo da todo para gloria de Dios. Eso es posible porque tiene su esperanza puesta en el Señor. Por este motivo, merece el elogio de Jesús; porque reconoce en ella no un simple ritual, sino un verdadero abandono a la Divina Providencia que sólo puede venir de aquél que está lleno de Dios y vacío de sí mismo.

Hoy en día, podemos contemplar esta misma actitud en aquellos creyentes que con fidelidad y sincero corazón tienen a Jesús como su único tesoro. El fiel deja todo a la espera de su Señor porque nada tiene que temer. Afronta su día a día con confianza filial. Su entrega no se queda sólo en lo material, da a la Iglesia, a Dios y a su prójimo, su tiempo, su servicio y su amor, porque ve en ellos templos vivos. Así es como termina entregando hasta el rincón más íntimo de su vida, a la vez que se despreocupa de ella, consciente de que hay Otro que cuida de él mejor que nadie.

Cuando somos fieles vivimos así pero cuando no lo somos, tratamos de arreglárnoslas con otras seguridades más propias del mundo que de Dios, por eso ahí damos sólo de lo que nos sobra. Examinemos nuestro interior para ver si nuestros ojos están fijados en el Único que puede darnos vida.



MM. Dominicicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)